

Capítulo 444 El dragón de las historias

"Yo... iba a utilizar la implicación de estas tres en su contra, para que en el momento en que tuvieran algo que yo necesitara, hubiera sido capaz de sacárselo a la fuerza."

Perséfone: "¡Bastardo!"

Camazotz: "¡Te roeré los huesos, araña!"

"Sigue hablando."

—Yo... —Anansi intentó cerrar la mandíbula con su propia fuerza de voluntad, sabiendo perfectamente que las siguientes palabras que diría significarían su muerte.

Sin embargo, la compulsión de Abaddon, a través de las alas malditas, no es algo que se pueda combatir con simple "fuerza de voluntad".

Cuanto más luchaba contra él, más fácil era que la verdad saliera a la luz.

"Yo... iba a quedarme y espiar por un tiempo... aprender qué historias tienes para contar y estudiarte a ti y a tu familia, hasta saber todo lo que hay que saber... ¡Kugh!"

Abaddon parecía estar absolutamente furioso.

Thea parecía que iba a enfermarse.

Gabbrielle estaba al borde de la indignación.

Straga se había quedado dormido en el trono de su padre.

Abaddon levantó a Anansi por el cuello y lo sostuvo en alto, por encima de su propia cabeza.

"Qué descaro, el de mentirme en mi propia casa... por eso dicen que es mejor aplastar las arañas".

Anansi luchó en vano, mientras intentaba liberarse de las ataduras de Thea.

De alguna manera, sus poderes y habilidades divinas fueron sometidos por este frío metal líquido producido por la hija de cabello rubio.

'Espera... ¡esa pulsera...!'



Los ojos de Anansi se abrieron tanto que prácticamente se le salieron del cráneo, lo que llevó a Abaddon a darse cuenta de que estaba aprendiendo demasiado y demasiado rápido.

"Espero que hayas aprendido lo suficiente para las próximas vidas. Aunque tus secretos morirán contigo".

Una ola de destrucción pura y corrosiva salió de la mano de Abaddon, y el cuerpo de Anansi se descompuso en una masa de polvo negro, ante los ojos de todos los que estaban dentro.

Sólo Deméter tenía la edad suficiente para saber que lo que acababan de ver correspondía a una divinidad de la destrucción en acción.

Pero nunca se había sentido tan inquieta desde Perses.

Anansi no era un dios increíblemente poderoso, no, pero era el hijo de un aspecto del propio creador.

Generalmente no puedes hacer que cosas como esta desaparezcan sólo porque lo desees.

Una vez que el cuerpo de Anansi fue completamente destruido, hubo un brillo apagado alrededor de sus cenizas, antes de que cuatro canicas de diferentes colores aparecieran en la tierra.

Abaddon hizo un gesto con la mano, sacó las divinidades de las cenizas y las inspeccionó con curiosidad.

"Oh..."

"Ha pasado un tiempo desde que vi alguna de estas."

Abaddon se divirtió por la forma en que los ojos de sus lindas hijas brillaban, mientras miraban las pequeñas canicas en su palma.

"¿Quereis una?"

"¿Eh?"

"¿Podemos?"

—Por supuesto. Es mejor que dejar que acumulen polvo. Pero no se lo digais a vuestros hermanos... se pondrán celosos. —Abaddon les tendió la mano a sus dos hijas y esperó a que tomaran su decisión.

—Seguro que lo sabes... pero no podré usar esto durante mucho tiempo, ¿verdad? —dijo Gabrielle con cautela.



—Sí, lo se. Pero en el momento en que recuperes tu estatus divino, recibirás un pequeño obsequio de mi parte, para celebrar la ocasión.

Perséfone, Camazotz y Deméter observaron esta escena con miradas secas.

¿¡Qué fue esta escena familiar y morbosa?!

A todos los efectos, Abaddon acababa de matar a un hombre y ahora estaba distribuyendo sus restos entre sus hijos, como si fueran M&Ms.

¡Habría sido entrañable si no fuera tan escalofriante!

Aunque a Camazotz realmente no parecía preocuparle mucho esto, era casi como si ya lo aceptara como algo normal.

Los dioses del sacrificio son así de extraños.

Thea y Gabbrielle tomaron su decisión y agradecieron a su padre.

Es comprensible que la traviesa niña humana hubiera elegido el engaño, y la diosa del infinito, que antes lo sabía todo, hubiera elegido la sabiduría.

Mientras la más pequeña simplemente guardó el suyo en su bolsillo, la mayor sostuvo el suyo sobre la gema en su pulsera y esperó.

La fusión de la espada de la bruja con su ser había elevado a Thea a un estatus más allá de un simple mortal.

A diferencia de un loa y mucho más peligrosa que un semidiós, ella ya era una deidad viviente.

Era tan capaz de saquear las divinidades de los dioses como cualquier otro ser del cielo.

Hubo un destello de luz, corto pero intenso, y finalmente todo el mármol fue tragado, y el aura de Thea vio un notable aumento en poder.

Una sonrisa irónica se formó en su rostro, mientras abría y cerraba el puño repetidamente, para admirar el nuevo poder que corría a través de ella.

—Rompí otro sello... solo quedan dos, maestra—susurró.

Al recordar a la mujer con la que había pasado varios años de su vida, pero que ya no estaba cerca, Thea se volvió un poco distante.

Abaddon pasó las manos por su cabello y sonrió con 1.000 pensamientos pasando por su mente, pero uno estaba al borde del precipicio.

-Estoy segura de que ella estaría orgullosa de ti.





Nunca había conocido a la mujer que eligió a su hija como sucesora, pero ella hablaba increíblemente bien de ella, a veces difuminando la línea entre un ídolo y un primer amor.

No es muy diferente de él y Seras en ese aspecto.

Aunque intentaba no estar triste por el hecho de que su amo ya no estaba cerca, de vez en cuando se sabía que Thea se ponía un poco melancólica por ello.

Especialmente en los días en que ella crecía en poder.

—¿Qué? —Thea pareció notar que tanto su padre como su hermana la miraban con ojos intensamente comprensivos.

""Nada.""

"Estoy bien, ¿de acuerdo, chicos? No tienen que preocuparse por mí, lo prometo".

"No estamos preocupados."

—¡Mentirosos! ¿Por qué me están abrazando entonces?

"Porque te amamos."

"...Yo también os amo, chicos."

Después de que Thea logró separarse de su familia, Abaddon miró las dos canicas que quedaban en su mano y se preparó para guardarlas.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —preguntó de repente Gabbrielle.

"¿Hm? Por supuesto."

La niña cogió una de las dos canicas que quedaban y le hizo un gesto a su padre para que la cogiera.

"Fusiona esta... te daré más información más adelante, pero estoy segura de que complementará bastante bien a una de tus divinidades existentes".

Abaddon no pudo obtener una explicación detallada de su hija, debido a la compañía actual, pero confió en ella lo suficiente como para seguir su consejo, sin un exceso de preguntas de seguimiento.

Se tragó el mármol negro brumoso y se descompuso, asimilando todo el poder que había en su interior.

Una ráfaga de energía fría recorrió todo su cuerpo, y Abaddon sintió que su mente, ya expandida, se volvía más concentrada, organizada y, lo más importante, llena de información.



De repente, descubrió muchos más secretos, historias casi tan antiguas como el tiempo, y desarrolló una comprensión mucho más profunda de la filosofía del hombre, así como de lo que lo motivaba.

Pero nada de eso era importante en lo más mínimo comparado con lo que esta divinidad podía hacer en conjunción con otra.

En el breve lapso de tiempo de 5,941 segundos, su mente ejecutó múltiples simulaciones en un intento de comprender por qué su hija le recomendó esta divinidad específica en primer lugar.

Como encarnación del orden, Abaddon era capaz de ejercer control sobre ciertos aspectos de la realidad, para organizarlos como quisiera, como si fueran piezas de un tablero de ajedrez.

Pero ese poder tenía límites.

Digamos que Abaddon ha alterado a alguien para que vaya a la farmacia a comprar condones.

Incluso si alguien hace lo que él quiere, hay todo tipo de efectos mariposa y cosas que podrían sucederle, que podrían dejarlo incapaz de completar su misión.

Atropellado por un camión-kun, un ataque cardíaco repentino, alcanzado por un rayo, *etc.*

Pero si su divinidad del orden se utilizaba en armonía con la divinidad de las historias, Abaddon podía alterar acontecimientos enteros, como si estuviera escribiendo un libro para niños.

Podría lograr que, en lugar de sólo controlar lo que una persona hace y en lo que se convierte, pudiera controlar también lo que le sucede.

Desde el día en que nacieron, hasta el momento en que dieron su último aliento.

Podría ser algo tan pequeño, como colocar una piedra en tu camino para hacerte tropezar y reírte, o enseñarte una lección de carácter, al hacer que te engañen en la universidad.

"Hija mía... ¡qué genio eres..!"

Una extraña mirada de sorpresa apareció en el rostro de Gabbrielle, casi como si no esperara que su padre pudiera comprender la gravedad detrás de su decisión tan pronto.

"¿E-Entiendes lo que pienso?"

"Sí, claro que sí. ¿Estás orgulloso de mí por mi perspicacia?"



"Lo-yo estoy... Eres casi demasiado inteligente para tu propio bien".

—¿Ah, sí? Tengo que seguiros el ritmo a ti y a Lailah de alguna manera, ¿no?

"Ejem."

De repente, Thea, Abaddon y Gabbrielle recordaron que todavía había tres dioses de pie en la sala del trono.

Perséfone bajó la cabeza preocupada, con un claro miedo desvaneciéndose de su cuerpo, mientras trataba de enmendar su error.

"Abaddon... te aseguro que no teníamos conocimiento de Anansi..."

"Lo sé."

"Sí, yo... ¿hm?"

"Has tomado mi sangre. Si hubieras querido traicionarme de alguna manera, lo habría sabido antes que tú y ya no estarías ni siquiera respirando".

"Oh... reconfortante."

—Eso espero. Es la única razón por la que tolero tus visitas sin previo aviso. Hablando de...

Abaddon levantó un dedo y una pequeña gota de sangre dorada salió por sí sola.

Camazotz sintió que se le hacía la boca agua, mientras su respiración se hacía notablemente más difícil.

"Tranquilo muchacho."

Gimoteo deprimido

Ignorando a la gran criatura murciélago, Abaddon presentó su sangre hacia Deméter.

"¿...debo?"

"Si quieres salir viva de aquí, sí."

"Somos paranoicos, ¿no?"

—Después de todo lo que acaba de pasar, ¿en serio vas a decirme que no está justificado?

Deméter suspiró y lamió la pequeña gota de sangre del dedo de Abaddon.

Pero para su sorpresa, no fue desagradable.





"Ah, ¿Sr. Abaddon? ¡Camazotz tiene algo que le gustaría darle, como disculpa por su descuido anterior!", dijo el dios murciélago emocionado.

"¿Algo que darme? Está bien."

De la nada, Camazotz sacó dos elementos que eran muy familiares para el dios dragón.

Una correa larga de color negro y un cuenco de plata, con un hueso de perro encima.

Inmediatamente, una vena se hinchó en la cabeza de Abaddon, mientras mostraba una sonrisa que no era una sonrisa.

—Camazotz... ¿Qué carajo es esto?

